

CAMPEONES DE LA VERDAD

Alguna vez se ha perdido al manejar en una gran ciudad?

Claro, idealmente la manera de hallar dónde se encuentra usted ubicado, sería elevarse mágicamente por el aire lo suficiente como para mirar hacia abajo y ver el área donde se encuentra. Pero flotar por los aires para orientarse, no es realmente una opción práctica.

No habría problema, sin embargo, si usted viviera en Estados Unidos, Europa, Australia, o alguna otra área del mundo donde podría adquirir para su carro una de esas unidades GPS relativamente nuevas en el mercado. Con una unidad GPS (sistema de ubicación terrestre) no necesita elevarse por los aires, ya que una red de satélites están arriba –a 12,000 millas (19,200 km.) de altura–, y mediante triangulaciones o datos comparativos entre sí, éstos pueden precisar dónde se encuentra usted.

Con un receptor GPS en su automóvil, usted no solamente puede ver en una pantalla dónde se encuentra, sino también localizar direcciones a las que usted desee ir. Para cualquier extraviado, una unidad GPS ¡es una

verdadera bendición!

A veces es posible que se pierda aun en la lectura de un libro al hojear hacia la izquierda para hallar un tópico, o hacia la derecha para buscar otro. Luego, viaja varias “millas” a través de una serie de párrafos y capítulos, y se olvida dónde comenzó y en dónde iba.

Así, pues, quizás sea tiempo de detenernos por un momento, y orientarnos de nuevo. Veamos de nuevo dónde comenzamos, dónde hemos estado, y hacia dónde vamos.

Comenzamos este libro haciendo notar que su propósito es contar una historia, la historia de los leales seguidores de Dios a través de los siglos. Estos fieles seguidores de Dios han aceptado una misión específica de parte del Señor: ser campeones de la verdad.

Y esa verdad es doble. Incluye toda la verdad que Dios ha dado a conocer mediante su Palabra, y toda la verdad enseñada y vivida por Jesús durante su vida en esta tierra. Pero hay una parte de toda esta verdad –y es la más importante de todas– la verdad acerca del carácter de Dios.

El gran enemigo dice que no podemos confiar en Dios –que Dios miente, que Dios demanda lo imposible; que es un juez vengativo, y dispuesto a quitar nuestra libertad y destruir nuestra felicidad. El enemigo dice que Dios es el responsable de todos los sufrimientos, miserias y la misma muerte sobre el Planeta Tierra–, que él tiene la culpa cuando nos suceden cosas malas en nuestra vida. El enemigo dice que si él estuviera a cargo del universo, todos viviríamos seguros y felices.

Hoy en día muchos líderes cristianos presentan a Dios ante el mundo como un ser deseoso de ejecutar juicio y destrucción sobre los pecadores. Así, si ocurre un tsunami, o un ciclón, un terremoto que destruye miles de vidas, es porque Dios está airado con los pecadores y les está lanzando sus juicios.

Pero no dude, el enemigo va mucho más allá: dice que Dios no sólo destruye a la gente por no guardar su ley (y vaya que actúan así porque es imposible que lo hagan), sino que ha hecho una ley imposible de observarse.

¿Cómo es Dios realmente? ¿Es un Dios de amor, o es un Dios de juicios severos y de destrucción? ¿Hizo una ley sabiendo que nadie la puede guardar, para luego condenarlos a muerte cuando fallan en cumplirla? ¿Nos incita mediante el cielo y la vida eterna como premios para que nos portemos bien, y luego coge la vara para castigarnos si obramos mal? Cuando nos pide que le amemos, es “¿ámame, o si no, verás?

El falsificador

Para cada verdad que Dios alguna vez haya compartido con los seres humanos, el enemigo ha creado una falacia. El pecado es letal, dice Dios. Manténganse alejados de él, o si no los va a matar. Pero Satanás afirma que no es cierto, que no moriremos, porque después de “morir”, nuestra alma sigue viva. Estamos vivos, pero en otra dimensión.

El séptimo día es sábado, dice Dios. No, responde Satanás, es el domingo, el primer día de la semana.

Cuando Jesús venga, todo ojo le verá, afirma la Biblia. No, dice Satanás. Jesús va a venir en forma secreta, en un rapto, y sólo unos cuantos lo verán.

Las mentiras continúan, una tras otra. ¿Por qué? Porque la rebelión contra Dios fue total, de modo que nunca más puede decir la verdad. Sólo le queda mentir. Es demasiado tarde para retractarse.

Así que, para cada verdad que Dios ha compartido con nosotros, Satanás tiene una mentira, la enseñanza que ha sido aceptada por la gran mayoría, incluso por los profesos cristianos en la tierra.

Pero a Satanás ya no le preocupa tanto acerca de lo que Dios nos ha enseñado. Él está ahora más interesado en mentir acerca de la naturaleza y el carácter de Dios.

Pero desde el principio, Dios siempre ha tenido un pueblo, que ha rehusado aceptar las mentiras de Satanás, aun cuando éstas han sido enseñadas por los que pretenden ser seguidores de Dios. Desde el principio, el Creador ha tenido leales seguidores que no sólo se mantuvieron de parte de las verdades que Dios compartió con la raza humana, sino de parte de la Verdad que Dios otorgó a la humanidad, Aquel que se llamó a sí mismo “El Camino, La Verdad y la Vida”.

Cuando Jesús estuvo en la tierra, dijo: “El que me ha visto, ha visto al Padre (Juan 14:9). Jesús, la Verdad, vino no solamente a compartir verdades con nosotros, sino a enseñar la verdad acerca de su Padre:

138 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

- Adán y los patriarcas defendieron las verdades... y la Verdad.
- Israel, los profetas y los reyes defendieron las verdades... y la Verdad.
- La iglesia primitiva defendió las verdades... y la Verdad.
- Rodeados de persecuciones y compromisos, los creyentes de los primeros siglos después de los apóstoles, defendieron las verdades... y la Verdad.
- Luchando en contra de una iglesia apóstata, los reformadores defendieron las verdades... y la Verdad.
- Los estudiosos de la Biblia después de la Reforma, tanto en Europa como en América, enfocaron su atención en la segunda venida de Jesús, y defendieron las verdades... y la Verdad.

Luego vino el amargo chasco, cuando Jesús no apareció en las nubes de los cielos como lo habían esperado. Pero de ese gran quebrantamiento espiritual que produjo el chasco, se levantaría –como lo llamó el historiador adventista Leroy E. Froom “un movimiento con destino”– un remanente final de leales a Dios que defenderán sus verdades... y a la Verdad, hasta las últimas consecuencias.

La cadena irrompible

Así, pues, en la pausa que haremos en este capítulo, para orientarnos, notamos claramente que desde el Edén en adelante, una cadena continua e irrompible de leales y

fieles ha existido a través de los siglos hasta el presente. También vemos que la visión y la misión de los verdaderos seguidores de Dios nunca han cambiado. Es su tarea defender y compartir las verdades eternas de Dios, tan salvaje y vergonzosamente falsificadas por el gran enemigo. Es su misión compartir y defender aun más fervientemente la Verdad, que es el Señor y Salvador de todos: Jesucristo.

La Reforma recuperó muchas verdades por tiempos suprimidas y olvidadas. También denunció siglos de error, mentiras y falsedades. Entre los más grandes dones otorgados al mundo, estuvo el invariable énfasis acerca de la autoridad de la Biblia –no la tradición humana– y la salvación por fe en Cristo Jesús, no en los méritos del esfuerzo humano.

Pero los reformadores perdieron su impulso inicial antes de que la tarea terminase. Otras verdades vitales permanecieron ocultas que debían salir a la luz. El gran despertar adventista redescubrió y defendió la verdad de la segunda venida de Cristo, a pesar de su poca comprensión inicial de la profecía bíblica.

Ahora bien, como los que corren en una carrera de relevo, como ya se dijo anteriormente en este libro, la antorcha está a punto de pasarse a manos del último relevo. Dios ha llamado a un pueblo, remanente, último, para que defienda su verdad... y a Su Verdad, en los últimos días de la historia de esta tierra. Dios le dará a este último relevo la más importante misión de todas.

Sí, este último grupo de su leal remanente, recobrará

muchas verdades perdidas y olvidadas como el sábado, el ministerio de Cristo en el santuario celestial, la naturaleza del hombre en la vida y en la muerte, y también, el inminente regreso de Cristo a la tierra.

Pero también le da a este remanente los tres más urgentes y vitales mensajes jamás dados al mundo: el mensaje de los tres ángeles, tales y como se hallan en las profecías del libro de Apocalipsis.

Estos tres mensajes registrados en el capítulo 14:6–12 de Apocalipsis, son el último llamado de Dios –su última amonestación– a millones de seres vivientes sobre este planeta al fin del tiempo. Así como Noé amonestó e invitó al mundo de sus días; así como Juan el Bautista advirtió y apeló al mundo antes de la primera venida Cristo, Dios tiene un pueblo cuya tarea y privilegio consisten en llamar y advertir al mundo del siglo XXI, que Jesús está a las puertas.

En síntesis, los tres mensajes angélicos de Apocalipsis son:

1. El evangelio eterno predicado con urgencia por causa de la hora del juicio.
2. El llamado de Dios a su pueblo para que salga de Babilonia, símbolo de confusión, error y falsedad religiosa.
3. Advertencia final a no permanecer por más tiempo en una religión equivocada, a riesgo de recibir la “marca” de la “bestia” y del gran enemigo.

Sí, hay advertencias urgentes que dar, porque el tiempo

se acaba. Sí, es necesario que el remanente de Dios establezca el contraste claramente entre las verdades eternas y el error y la falsedad. Pero nótese: los tres mensajes comienzan con el “evangelio eterno”. Nada es más importante, nada es más prioritario que este hecho: decirle al mundo la verdad acerca de Dios, manifestada a través de la vida y muerte de Jesús. Es la tarea fundamental de los verdaderos seguidores de Dios de estos últimos días.

“De todos los cristianos profesos”, escribió Elena de White, “los Adventistas del Séptimo Día debieran ser los que más exalten a Cristo ante el mundo” (*Obreros evangélicos*, p.150).

Así, pues, ¿qué de todas las doctrinas y verdades que desde el chasco de 1844 hasta el día de hoy han sido recuperadas, redescubiertas, y exaltadas por el remanente de Dios? Junto a la Verdad, ¿no son las otras verdades tan importantes?

Muy difícilmente. Porque, ¿cuál es la Fuente de toda la verdad? ¿Quién las enseñó?

Ello no obstante, debemos estar alertas acerca de dos grandes errores:

El primero de ellos es mirar a nuestro alrededor y asumir que, puesto que otras iglesias no enseñan estas verdades sino que aparentemente se enfocan en Jesús y en la salvación, debiéramos dejarles a ellos esta tarea y usar nuestras energías en compartir las verdades doctrinales únicas que Dios nos ha llevado a descubrir.

El segundo error es presentar estas verdades como si

se sostuvieran por sí solas. Mas, ninguna verdad –ninguna doctrina– es correcta e inteligible, a menos que sea vista en conexión con la suprema Verdad. Todas las doctrinas comienzan y terminan con Jesús. El sábado es importante solamente por lo que dice acerca de Jesús, y cómo nos ayuda a entender su carácter, su amor. El tema del santuario no es sólo símbolos y rituales. Es una ilustración tangible de cómo el amor de Jesús nos salva por fe.

Algunas de las religiones equivocadas de este mundo, enseñan y predicán de Jesús. Pero pierden el camino fácilmente y enseñan “gracia barata”; o lo que es lo mismo: “una vez salvo, salvo para siempre”. O enseñan que algunos están predestinados para ser salvos y otros para perderse.

Dios ha dado a su remanente fiel la más equilibrada, exacta y clara comprensión de la salvación jamás revelada a la raza humana. Además, él ha mostrado cómo cada enseñanza, cada doctrina de la Biblia dicen algo acerca de Jesús... y que cada una de estas verdades nos ayudan a entender cómo realmente es Dios.

El Remanente

Como adventista –ya sea que recientemente se haya bautizado, o desde la niñez– usted ha tenido el privilegio, muy a menudo, de oír acerca del “remanente”. Éste no es un eslogan de mercadotecnia votado por el comité de una iglesia. Es la propia descripción de Dios de sus últimos seguidores fieles.

Note qué dice Apocalipsis 12:17 (VRJ): “Entonces el

dragón fue airado en contra de la mujer, y se fue a hacer guerra contra el remanente de la simiente de ella, los cuales guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”.

El dragón, Satanás –dice esta profecía–, se llenó de ira en contra de la “mujer” –los fieles seguidores de Dios, su iglesia–, y se fue a hacer guerra en contra del “remanente” o simiente de la mujer. Remanente es lo que queda; el pequeño residuo o resto.

Y este remanente, dice la profecía, puede identificarse por dos cosas: 1) Guardan los mandamientos de Dios y 2) tienen el “testimonio de Jesucristo”.

Veremos más de cerca estas dos marcas distintivas del remanente en el próximo capítulo. Pero por ahora, es oportuna una palabra de precaución. Sería muy fácil concluir que la Iglesia Adventista del Séptimo Día –el “movimiento con destino” del cual nos habla el Dr. Froom– es el nicho exclusivo del único pueblo de Dios, y que únicamente se requiere ser miembro de la Iglesia, y la salvación está asegurada.

Pero, aparte del hecho que la Biblia nos enseña que la salvación no consiste en tener nuestros nombres registrados en el libro de la iglesia, sino únicamente por la fe en Cristo, no todo el que forma parte del verdadero remanente de Dios –sus seguidores fieles– pertenece a la iglesia adventista. Al respecto, Elena de White escribió:

“A pesar de las tinieblas espirituales y del alejamiento de Dios que se observan en las iglesias que constituyen

Babilonia, la mayoría de los verdaderos discípulos de Cristo se encuentran aún en el seno de ellas" (*El conflicto de los siglos*, p. 441).

¿Significa esto que la Iglesia Adventista del Séptimo Día no es el remanente de Dios? En ninguna manera. Pero no todo el pueblo "remanente" de Dios está en su iglesia remanente. En efecto, algunos del remanente pueden haber muerto ya –o morirán pronto– sin nunca haber tenido la oportunidad de unirse a la iglesia verdadera.

Pero si Dios ordena: "Salid de Babilonia", también va a decir: "Únanse al remanente". Y este remanente es la comunión de los llamados a salir: la organización establecida de los comisionados a llevar a cabo la tarea final de Dios. Dios no trajo a la existencia al remanente para ofrecer la salvación como beneficio de una membresía. Él creó su Iglesia remanente para que sea el lugar donde los seguidores leales de Dios puedan comulgar y aprender juntos a cómo unir sus fuerzas, para llegar a ser campeones de sus verdades... y de Aquel que es la Verdad.

¿Ha luchado alguna vez con una soga o una manguera del jardín que está enredada? Para desenredarla, hay que buscar primero la punta y comenzar desde ahí.

Nosotros los adventistas somos expertos en gastar tiempo y esfuerzo y aun argumentar, en nuestro inútil afán por desenredar cosas enredadas. Discutimos las normas de la iglesia, desmenuzamos la teología, y hacemos disección de las doctrinas y argumentamos cómo aplicar el Manual de la Iglesia.

Cuánto tiempo podría ahorrarse –y cuán efectivo podría ser nuestro esfuerzo– si tan solo nos limitáramos a reflexionar, y regresáramos para encontrar la “punta”. Porque todo –cada doctrina, cada norma, cada práctica de la iglesia– comienza y termina con Jesucristo. Si tan sólo comenzáramos por allí –y termináramos allí– los enredos desaparecerían. Hallaríamos armonía en todo, en los unos con los otros, y pondríamos fin al hecho de especializarnos en detalles.

Tenemos una tarea urgente y absolutamente vital que cumplir. Tenemos que exaltar a un Salvador ante aquellos que nos rodean. Tenemos verdades que compartir. Hay errores contra los cuales debemos amonestar a la gente. Tenemos que anunciar el regreso de Cristo.

No es accidental el que usted sea un Adventista del Séptimo Día. De hecho, ha sido llamado y escogido. Sí, usted. Dios le ha invitado a ocupar su lugar en la larga lista de sus fieles. Él le ha pedido a que coja la antorcha y recorra la etapa final de la competencia. Él le ha llamado a pelear por la verdad... y por la Verdad.

Así, ya sea que vaya a clases, o al trabajo, cumpla con sus deberes, cuide a sus niños, viva el tren de vida que le ha tocado, dispóngase a ser usado por Dios hoy. Sea un canal de bendición. Sea la voz de Dios. Permita que el amor fluya a través de su persona a favor de los perdidos, los confundidos, y los desesperados. Crea en las “citas divinas”. Dios las ha preparado para usted. Esté listo a compartir su misericordia.

146 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

Imagínese cómo le ha honrado Dios –cuán privilegiado es usted– al permitirle formar parte de su último “Movimiento del destino”. Entre más compartamos a Jesús y su verdad con los que nos rodean, más pronto veremos su faz.

*Dios ha tenido siempre un pueblo fiel y leal
–los llamados, los escogidos–, y todavía tiene un
pueblo especial hoy.*